



## Capítulo 637: Voy a recoger un favor, en Nidavellir.

Vergil se adaptó, haciendo girar lentamente el Yamato antes de revestirlo. El aire que lo rodeaba estaba quieto —finalmente quieto— después de días de intenso entrenamiento y dominio absoluto de las energías que corrían a través de él. Respiró profundamente, sintiendo cada chispa de poder pulsar en armonía.

"Estoy listo," dijo, con esa autoridad silenciosa que hizo que incluso las sombras se alinearan. "El Torneo Celestial ya no tiene nada que temer."

Zafiro, apoyada contra la pared con los brazos cruzados, lo observó con una pequeña sonrisa casi divertida. En el reflejo de sus ojos carmesí, Vergil parecía una estrella a punto de explotar.

"Estás lista," ella aceptó, empujándose fuera de la pared y caminando hacia él. "Pero aún faltan seis días para el torneo."

Vergil frunció ligeramente el ceño y un rastro de impaciencia se deslizó por su rostro.

"Entonces ¿por qué me llamaste tan temprano? ¿Tienes intención de probar alguna técnica nueva conmigo?"

Zafiro se rió suavemente, sacudiendo la cabeza.

"No. No estamos entrenando hoy."



Vergil levantó una ceja.

"¿No estamos entrenando?"

Ella se acercó, se detuvo a pocos centímetros de él y le puso una mano en el pecho —no románticamente, sino como alguien que exige toda su atención.

"Vienes conmigo hoy."

Virgilio inclinó la cabeza, claramente curioso.

"¿A dónde?"

Zafiro sonrió lentamente, una sonrisa que delataba que estaba planeando algo—algo grande.

"Nidavellir."

Virgilio se congeló.

El mundo que los rodeaba parecía momentáneamente silencioso, como si incluso el aire esperara su reacción.

Finalmente parpadeó.

"...¿Nidavellir?" repitió, con la voz baja, tensa, incrédula. "¿El reino nórdico?"



"Sí." Zafiro le dio la espalda y caminó hacia la puerta del palacio. Su cabello parpadeaba en pequeñas y animadas llamas —una señal de emoción. "El reino de los herreros que forjaron las armas de los dioses."

Vergil tardó un segundo en procesarlo.

Nidavellir no era un destino casual. Era uno de los reinos más cerrados, más antiguos y más peligrosos. Incluso los reyes demonios evitaban interferir allí sin permiso. El lugar respiraba tradición, fuerza y desafíos constantes.

Se acercó a ella, con la voz ahora firme.

"¿Por qué iríamos a Nidavellir?"

Zafiro se giró para mirarlo por encima del hombro, sonriendo con la confianza de alguien que acababa de entregar una pieza de ajedrez perfecta.

"Porque," dijo lentamente, "vas a entrar al Torneo Celestial como representante de los demonios."

Virgilio mantuvo la mirada inmutable, pero sus dedos se movieron a los costados.

"Sí?" "Y..." Zafiro se giró completamente para mirarlo, con los ojos ardiendo como brasas vivas. "Si vas a enfrentarte a seres de los cielos, del panteón nórdico, de los reinos dracónicos e incluso de los dioses olvidados... necesitas estar equipado en consecuencia."

Vergil respiró profundamente.



"...Quieres que te consiga una nueva arma."

"No cualquier arma." La voz de Zafiro se suavizó, casi reverente. "Quiero que tengas algo digno de tu poder actual. Algo que no es sólo una extensión de ti... sino que sobrevive cuando decides usar el cien por ciento de la fuerza que estás ocultando y, por supuesto, eso te impide usar Yamato y tu forma ascendida de Excalibur. ¿No lo dije yo? Necesitas trucos bajo la manga, y la forma final de Yamato es uno de esos trucos. Cuanto más lo ocultamos, más posibilidades tenemos de destruirlo todo y ganar."

Virgilio bajó la mirada por un momento —sin dudar de ella, pero reflexionando sobre las consecuencias.

"Los herreros de Nidavellir no forjan armas para demonios, ¿verdad?" Después de todo, Virgilio cuestionó, a pesar de nunca haber estado allí y nunca haber abandonado Midgard, o mejor dicho, la Tierra. Sabía exactamente sobre el orgullo de los enanos'...

Zafiro se encogió de hombros.

"Falsifican para quien quieren. Y tengo a alguien allí que nos debe un favor." Apareció una sonrisa traviesa. "Un gran favor."

Vergil dio un paso atrás y evaluó.

Nidavellir.

Reino de la metalurgia divina.

Donde las espadas ganaron alma.



Donde el calor de las forjas podría rivalizar con el fuego del infierno mismo.

Donde cada golpe de martillo resonaba como una runa viva.

Y Zafiro quería llevarlo allí.

"...Ella tiene la intención de falsificar algo para mí," concluyó.

Zafiro asintió.

"Sí. Algo único. Algo que combine con tu estilo... y el monstruo en el que te estás convirtiendo."

Vergil respiró profundamente otra vez, con la mirada aguda como una espada recién pulida.

"Esto llamará la atención."

"Por supuesto que sí", respondió Zafiro, cruzando los brazos con aire orgulloso. "No irás al Torneo Celestial a participar, Virgilio."

"Vas a dominar."

Virgilio finalmente sonrió—pequeño, controlado, lleno de significado.

"Entonces vámonos."



Zafiro abrió las manos y detrás de ella comenzó a formarse un portal —hecho de llamas azules mezcladas con runas brillantes.

"Prepárate", dijo con los ojos ardiendo de anticipación. "Nidavellir no es como el inframundo. Ni como el mundo humano. Ni como los cielos."

Virgilio dio un paso hacia el portal y su aura se ajustó como si se preparara para un nuevo tipo de batalla.

"No espero que así sea."

Zafiro entró primero.

Vergil siguió.

El portal se hizo añicos como vidrio líquido y el aire denso y caliente de Nidavellir llenó los pulmones de Vergil incluso antes de que sus pies tocaran el suelo.

La luz era rojiza, teñida por el humo constante de las forjas. El sonido de los martillos resonó como un trueno rítmico. El olor a metal calentado, aceite, polvo y magia antigua lo impregnaba todo.

Y emergieron—justo en medio de una calle ancha.

Una calle... llena de enanos.

Pequeños, musculosos, barbudos, cada uno con herramientas más grandes que sus propias piernas. Las conversaciones fueron ruidosas. Los pasos, pesados. Llamas y humo salían de las chimeneas por todas partes. Enormes cadenas,



mecanismos complejos, runas relucientes en el suelo. Cientos de ellos. Todos se detuvieron y miraron fijamente.

Vergil levantó una ceja lentamente.

"...Este era el mejor lugar," dijo con voz impasible, "¿para que dos Reyes Demonio aparecieran sin previo aviso?"

Zafiro chasqueó la lengua, claramente divertido por la situación.

"Relajarse." Ella puso sus manos sobre sus caderas. "Aquí no somos nadie."

Vergil parpadeó, confundido por un momento.

"¿Qué quieres decir...?"

"¿Crees que a un grupo de herreros enanos les importarán dos monarcas demoníacos?" Ella señaló a su alrededor. "Tratan con dioses todos los días. Dragones, gigantes, espíritus primordiales. ¿Tú y yo? Pasamos desapercibidos."

Como para validar sus palabras, una enana pasó empujando un carro lleno de barras de metal brillantes, resoplando:

"¡DATE PRISA, DOS GRANDES! ¡LA CALLE NO ES PARA DECORAR!"

Virgilio se quedó quieto.

Zafiro sofocó una risa.



"¿Ves?" Ella guiñó un ojo. "Somos sólo un obstáculo en medio del tráfico."

Vergil exhaló lentamente, más resignado que irritado, mientras seguía a Sapphire, que avanzaba entre la multitud. La atmósfera era realmente diferente: áspera, directa, sin ceremonias. Los enanos se gritaban unos a otros como si siempre estuvieran al borde de la guerra, pero cada uno de sus movimientos era un arte—eficiente, calculado, preciso.

Zafiro se detuvo de repente, miró a su alrededor y entrecerró los ojos.

"Hmm... ¿dónde estamos exactamente?" Ella murmuró, más para sí misma que para él.

Virgilio permaneció en silencio, observando mientras escaneaba la ciudad como un gato en territorio antiguo.

Entonces, de repente, ella sonrió.

Allí, entre tiendas rústicas y talleres llenos de humo, se alzaba un antiguo cartel de madera oscurecido por el calor:

"La Barba de Bravokkr - Restauración y Runas"

Su sonrisa se amplió.

"Estamos demasiado lejos", comentó, dando dos pasos atrás. "Mucho más lejos de lo que pensaba."



"¿Lejos de dónde?" -preguntó Virgilio.

"Desde nuestro destino." Zafiro ya estaba flexionando sus piernas. "El verdadero corazón de Nidavellir se encuentra cerca del volcán sagrado. Y esto de aquí..." Ella señaló a su alrededor. "Es sólo la zona comercial."

Sin previo aviso, levitó y luego emprendió el vuelo sin esfuerzo, con llamas azules brillando bajo sus pies como propulsores vivientes.

"Vamos," dijo ella, agitándole la mano. "Intenta mantener el ritmo."

"Puedo simplemente abrir un portal—"

"Nu amuzant!" Ella intervino. "¡Volar es mejor! Y necesitas probar tu nuevo cuerpo."

Vergil suspiró, se resignó y activó un suave resplandor de energía alrededor de sus pies, elevándose en el aire.

Pero antes de que pudiera decir nada, Zafiro ya estaba muy por encima de él, con una sonrisa traviesa.

"Apuesto a que no puedes seguirme el ritmo."

Él entrecerró los ojos.

"...¿Me estás desafiando?"



"¡Por supuesto que lo soy!" Giró en el aire, dejando un rastro de llamas azules que serpenteaban detrás de ella. "Veamos si el gran Rey Demonio puede atrapar a una simple reina de fuego."

Virgilio respondió sólo con silencio.

Pero sus pupilas se estrecharon.

Zafiro reconoció esa mirada inmediatamente.

La mirada que tenía cuando aceptó el desafío.

"Genial," dijo ella. "Porque voy a acelerar."

Virgilio abrió la boca para responder.

Pero Zafiro desapareció.

Un boom sónico atravesó el aire, rompiendo ventanas y derribando herramientas de los bancos de trabajo de los enanos'. El suelo vibró. Las llamas en las farolas se inclinaban violentamente hacia la corriente de aire que ella dejaba atrás.

Vergil se quedó quieto medio segundo.

Medio segundo.

Si atunci—



FWOOOOOOM

Le disparó con el mismo rugido supersónico, atravesando el aire como una flecha de poder concentrado.

Los enanos miraron al cielo, molestos, quejándose en voz alta:

"IDIOTAS!"

"¡ROMPISTE MI VENTANA!"

"¡VUELVE AQUÍ, DEMONIO PÁLIDO, Y ARREGLA MI TECHO!"



Pero Zafiro y Virgilio ya eran dos rayas brillantes que cruzaban los cielos carmesí de Nidavellir, en dirección al colosal volcán que arrojaba humo y runas vivas al firmamento.

Las corrientes térmicas alrededor del volcán eran tan intensas que parecían morder la piel. Las llamas internas rugieron como una antigua bestia atrapada dentro de la montaña y los vapores carmesí escaparon a través de fisuras en el suelo. Vergil aterrizó primero —silencioso, preciso— dejando sólo pequeñas grietas negras donde sus pies tocaban la roca incandescente.

El zafiro descendió justo detrás y aterrizó de forma natural, como si el calor extremo fuera sólo una brisa cálida.

La entrada del volcán era... extraña.



Era una abertura amplia y circular, con antiguas runas quemadas en la piedra. Cadenas de oro negro colgaban de los lados y se extendían hacia el interior de la montaña como los tendones de un monstruo dormido. Y, justo encima, una cabeza de dragón tallada—pero tan detallada, tan realista, que parecía observarlos a ambos.

Virgilio entrecerró los ojos.

"...Explica por qué entramos en un volcán", dijo con voz tranquila pero cargada de sospecha. "¿Y por qué siento una presencia absurdamente antigua y dracónica aquí?"

Sapphire se cepilló el cabello hacia atrás de forma natural y una sonrisa lenta apareció en sus labios.

"Porque voy a cobrar un favor."

Virgilio cruzó los brazos.

"¿De quién?"

Comenzó a caminar por la entrada oscura, sin mirar atrás.

"De un bastardo."

Vergil siguió, aunque con la cautela de alguien que siente que está entrando en la guarida de algo muy... inconveniente.



Pronto el calor se intensificó. Las runas brillaban en las paredes como brasas vivas. El sonido de la lava hirviendo resonó de fondo, pero había algo más profundo —un estruendo profundo que hizo vibrar el suelo.

Virgilio lo reconoció inmediatamente.

Respiración.

Respiración inmensa.

"¿A quién exactamente deberíamos encontrar?" Él insistió y Zafiro simplemente respondió:

"Ya verás."



Se convirtieron en un pasillo y fue como entrar en el corazón de una estrella. La cueva se expandió hasta convertirse en una gigantesca cúpula, iluminada por ríos de magma que fluían como venas pulsantes. Y en el centro...

Algo respiró.

Una voz profunda, tan profunda que parecía rozar las profundidades del alma, resonaba a través de las paredes, sacudiendo polvo y piedra.

"¿Qué... está haciendo la Reina Demonio... en mi dominio?"

Vergil sintió que el aire vibraba. La fuerza espiritual detrás de esa voz era absurda, pesada, antigua. Algo que vino de la época anterior al nacimiento de las civilizaciones.



Zafiro sonrió, una sonrisa que era 50% encanto y 50% provocación.

"¿Así me saludas después de tres siglos de ausencia, cariño?"

Levantó la mano, señalando las sombras de la cueva.

"Vine a reunir materiales para forjar un arma."

El suelo tembló.

La temperatura subió varios grados instantáneamente.

Zafiro terminó, con un brillo juguetón en sus ojos:

"Entonces date prisa y proporciona todo lo que quiero."

El rugido llegó como un trueno.

Rawr— iiiBRUOOOOOOOOOOH!!!

Las piedras cayeron del techo. Columnas elevadas de magma. El vórtice de calor explotó hacia afuera. Fue un rugido primario, hecho para intimidar, asustar y recordar a cualquiera que se atreviera a entrar que esa montaña tenía un dueño.

Vergil levantó una barrera de energía automática con un solo gesto, mientras que Sapphire ni siquiera parpadeó.



Ella sólo entrecerró los ojos e inclinó la cabeza, cruzando los brazos.

"Oh, ¿estás nervioso?"

Las llamas en el fondo de la cueva se ondularon.

La respiración colossal se intensificó.

Zafiro sonrió con picardía y diversión.

"Fafnir."

Un par de ojos enormes —reptilianos, dorados como el oro líquido— se abrieron en la profunda oscuridad.



Y entonces la colossal cabeza del dragón emergió de las sombras, revelando cuernos curvados como hojas de obsidiana y escamas que brillaban como metal incandescente.

El legendario Fafnir, el Dragón Codicioso, miró a Zafiro con puro disgusto ancestral.

Y Zafiro lo miró como alguien que se encuentra con un viejo enemigo...

...y un deudor.